

CUENTO N° 214

TÍTULO: LA JEIN

SEUDÓNIMO: CRISTIAN LOSENN

La Jein

Cristian Losenn

Hacía frío aquel oscuro atardecer de agosto y la silueta de la montaña blanqueada de nieve, apenas se dibujaba al fondo de la Alameda. Me sentía cansado de caminar, pero esta vez, además el hambre me martirizaba, agregándole un peso extra a mi cuerpo, que lo sentí más pequeño.

Acostumbrado a caminar por la ciudad apreciando el pasado santiaguino en las fachadas de sus viejas casas, así como, embobado mirando las vitrinas de las tiendas y el transitar de tantos como yo, que a esa hora deambulaban por las pecaminosas calles del barrio de la Estación Central, aquella vez me aprontaba a juntarme con la Jein.

Casualmente la había conocido la semana anterior; el día que el aguacero se dejó caer desde temprano y por las calles del barrio penaban las ánimas. De vuelta del trabajo, aquella tarde me dirigía al bar de don Macedonio, en la calle Maipú, donde habitualmente concurría a comer un caldito de pata con un cañón de vino, a módico precio, cuando al doblar hacia el poniente me topé con una muchachita que intentaba guarecerse bajo el balcón de una vieja mansión casi abandonada. Mojada como diuca y con las crenchas estilando por la espalda, esperaba un cliente para subir al hotel de la Romy, la cabrona más conocida del sector, que le arrendaba una pieza a chicas como ella, ilusionadas con agarrarse un buen partido de entre la heterogénea clientela de distinguidos caballeros, que noche a noche circulaban por el sector en sus lujosos autos, arrastrando incautas por vil precio.

-¿Quieres subir? La miré sin responder. Viendo mi desinterés dio un par de pasos para alejarse. En el instante en que se acercaba a otro tipo que pasaba por el lugar, le dije:

-Ok, pero primero tomemos un traguito para calentarnos un poco. Sonrió.

-Tengo hambre- agregué. ¿Qué te parece que entremos al bar y comemos un caldito

de pata? Ahí parece que recién reaccionó y me di cuenta que más que sexo lo que quería era comer. Se notaba que estaba tan muerta de hambre como yo.

El bodegón nos acogió con un revoltijo de aromas y ese aire de libertinaje que le dan los parroquianos que beben y comen, antes o después de hacer el amor, ahí mismo, en el segundo piso. El caldo caliente y el vino alegraron nuestras vidas y nos encaminaron por una conversación que de a poco se distendió, pese a la humedad de nuestros cuerpos y ropas.

La Jein tenía 19 años, un par de meses antes había llegado del norte y frecuentaba el barrio. Se asilaba donde la Romy, que le sacaba el alma cobrándole por una pieza inmunda, maloliente y de paredes desconchadas. Era delgada y parecía una escoba con falda, con dos ligeras protuberancias intentando asomarse por su pecho. Tenía un rostro agradable, pálido pero sonriente. Era su mejor postal. Sonreía con facilidad y sospeché que debería tener mucho éxito con los clientes que enganchaba. No puedo decir si en la cama los complacía, imagino que sí.

Mientras disfrutábamos la comida y el trago dibujé su rostro en una servilleta. Se sintió sorprendida al ver el boceto.

-¿Eres dibujante?. -Aficionado.

-Es hermoso. -Tú eres hermosa.

En sus labios trémulos, una sonrisa franca de gratitud me indicó que mi gesto la hizo sentir una mujer íntegra y no un objeto sexual. Su silencio me corroboró que sintió vergüenza de ofrecerme sus servicios. Concluido el refrigerio acepté acompañarla a la pieza, preocupado porque el frío de la mojada, a ratos agitaba sin control su escuálido cuerpo.

-Creo que deberías subir y acostarte; te mojaste mucho y puedes enfermarse.

Persistió en su silencio y yo en seguir hablándole para sacarla de la introversión. Opté

entonces por un recurso que creí le gustaría.

-Ven, vamos, te llevaré a la pieza, le dije extendiéndole mi mano. Te acompañaré un momento para que te reanimes.

Me miró extrañada y rápidamente reaccionó, asintiendo con un movimiento de su cabeza.

Salimos abrazados del bar, como amigos, soportando el frío de la noche, animados y abrigados por dentro. Sospecho que ninguno de los dos pensó en un instante de placer. Me sentía tranquilo y contento y creo que ella también sentía lo mismo. En el pasillo que conectaba con su pieza volvimos a la realidad de un hotel parejero.

-Tengo que pagar la pieza. Sin decir palabra puse en sus manos un par de billetes; luego nos perdimos en la oscuridad de la desolada habitación.

Alumbrados por una pequeña bombilla que colgaba del techo, la Jein me abrazó y yo la cobijé entre mis brazos, tratando de reanimarla con la débil calentura que irradiaba mi cuerpo. Temblaba. Enlazados en un singular abrazo nos quedamos detenidos en el tiempo, ajenos a toda preocupación estética o moral. Fue un abrazo diferente, sencillo, desprovisto de todo interés carnal, entre dos personas endurecidas por la vida, marginales y huérfanos de cariño. Pasado un tiempo, el deseo de poseer esa noche a una mujer había desaparecido por completo y se lo manifesté.

Quiero que te cuides, sácate la humedad del cuerpo, acuéstate y descansa. Le pagué por su compañía e hice ademán de retirarme. Congestionada por un repentino acceso de tos, la Jein agradeció mi gesto y me besó.

-¿Te gustaría que nos viéramos otro día?

Su efusiva afirmación me demostró que era una chica que necesitaba de un

compañero, tanto como yo.

-Volveré muy pronto- le dije y salí del hotel complacido, como un benefactor que ha hecho una gran obra en bien de otro.

La tarde que volví por el barrio, una semana después de haberla conocido, me sentía inquieto, como muchacho joven en su primera cita. Las lluvias ya eran recuerdo, no así el frío que calaba los huesos. Parado en la esquina de Maipú me entretuve mirando pasar la agitada vida de los capitalinos, mientras esperaba que apareciera la Jein. Entusiasmado por querer verla nuevamente, la imaginé viniendo hacia mí, alegre y deseosa de abrazarme. Pasada más de una hora de espera me dirigí al bar, esperanzado de hallarla ahí. Tampoco tuve éxito. Decidí entonces subir a su pieza, arriesgando encontrarla desnuda, entregada a otro hombre. Golpeé a la puerta y nadie contestó; cogí la manilla de la chapa y esta se abrió con un chirrido lastimero.

La pieza estaba tan fría como vacía. Parecía que nadie la ocupaba. Entré y la recorrí con la vista, luego me acerqué al mueble que hacía las veces de velador. Allí, olvidado y solitario, el boceto de Jein que le había regalado, me miró sonriente mientras lo acariciaba con mis manos.

Los pasos de una persona caminando por el pasillo me alertaron. En un segundo, apareció frente a la puerta el campanillero de la Romy.

-¿Y usted que busca? A la señorita Jein.

Parece que mi respuesta no fue de su agrado, pues con sarcasmo me respondió, remedando la forma en que yo la había nombrado.

-La señorita Jein no está.

Sospechando que a esas horas ella estaría intimidando con algún cliente, me atreví a

preguntarle si él creía que volvería pronto. Extrañado, como si estuviera frente a un marciano, el maricón, brutalmente me lanzó la noticia que nunca esperé recibir.

-La Jein está muerta, se la llevó la bronconeumonía, la enterramos ayer.

Una extraña sensación, mezcla de horror, miedo y tristeza incontenible me invadió, desconectándome del entorno. No supe como bajé la escalera y me eché a correr calle abajo. Me detuve en la plaza Yungay; allí, solo y triste lloré amargamente, acompañado del dibujo en cuyo reverso la Jein había dibujado un corazón.

////////////////////////////////////